



26/03/1997 XLVI ASAMBLEA GENERAL DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE PRENSA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CLAUSURA

Granada, 26-03-97

Señoras y señores,

Sinceramente, les agradezco a todos ustedes la iniciativa de volver a celebrar en mi país su Asamblea General que ya cumple el cuadragésimosexto año, lo cual indica por sí mismo la utilidad del Instituto Internacional de Prensa en su papel de asociación a favor de la libre empresa informativa en todo el mundo y, muy especialmente, bajo regímenes políticos no democráticos.

Al invitarme a la clausura me brindan ustedes una oportunidad más bien infrecuente, porque hay pocas ocasiones como ésta de dirigirse en un solo acto a tantos profesionales de la comunicación, con tan alta representación de medios y países. Vaya, por lo tanto, a todos y por ello mi agradecimiento personal.

Pero hablar tras del amigo Camilo José Cela es, por fuerza, una tarea arriesgada que voy a solventar por el seguro procedimiento de abreviar unas palabras, las más, en manifiesta inferioridad respecto a su español magistral.

Aún a riesgo de incurrir en una afirmación políticamente incorrecta, he declarado más de una vez que me siento más cercano a la palabra escrita y al papel impreso que a la influencia inmediata y emotiva de los medios audiovisuales tan característicos de nuestro tiempo. Claro está que a mí no me corresponde terciar en semejante discusión propia de un elenco que especialistas como ustedes representan; pero lo cierto es que imprenta, prensa y libertad son términos históricamente inseparables. En definitiva, la ilustración, la instrucción al alcance de una mayoría, coexisten con el desarrollo de la tipografía. La primera democracia occidental reconocía el derecho al voto con criterios de alfabetización antes que por censos de propiedad.

Desde que el Instituto Internacional de Prensa mantuvo su reunión en Madrid en mayo de 1982 han desfilado ante nuestros ojos acontecimientos cruciales cuyos pormenores no parece ahora oportuno comentar. Han pasado desde entonces quince años intensos, entre los cuales yo elegiría detenerme un instante en el momento concreto de la reunificación alemana, porque ahí se vió el indiscutible progreso histórico de las sociedades abiertas sobre la verdad oficial y se vió también la gran influencia de los medios de comunicación para el restablecimiento de la democracia; una fuerza positiva

que desbordaba con sus noticiarios televisados, radiados, impresos, los muros y las fronteras cerradas.

España, como es obvio, no ha permanecido ajena a esos cambios. Los ha vivido, quizá, con mayor distancia geográfica que otras naciones del continente; pero los ha vivido con la cercanía que da una experiencia histórica propia por muy cercana.

Muchos de ustedes, quince años más jóvenes, seguramente asistieron al encuentro del Instituto de Prensa Internacional en la capital de España. Pudieron entonces tomar el pulso al país, conocieron de primera mano cuáles eran nuestras ilusiones colectivas y los proyectos en marcha, y supieron también de nuestras incertidumbres y nuestros temores.

Esta semana habrán podido conocer a la nueva generación de españoles, ciudadanos que han cumplido la mayoría de edad a la vez que nuestra Constitución de 1978; que han votado por primera vez en las pasadas elecciones generales con la normalidad que proporciona el haber vivido siempre en democracia y --puedo decirlo satisfecho-- jóvenes que, con su voto, han determinado el cambio de gobierno que el conjunto de la nación demandaba.

El viernes pasado, Adolfo Suárez, el primer Presidente del Gobierno de la etapa democrática e indudable protagonista del proceso de transición, recibía un merecido homenaje por su gran trayectoria política y personal hoy reconocida por todos; pero en mayo de 1982, en aquel congreso del Instituto, todavía flotaban sus graves palabras de despedida: "no quiero --decía entonces Adolfo Suárez-- que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España".

Afortunadamente, hoy no cabe duda: en 1978, con la aprobación de la Constitución Española, no se abrió paréntesis alguno, sino que se inició una etapa de nuestra historia en la que los españoles hemos sabido encontrar el camino común que nos ha consolidado como una nación contemporánea cargada de ambiciones a las puertas del nuevo siglo.

Los españoles hemos hecho algo más que aprender a convivir en la misma nave; hemos conseguido integrar nuestras diferencias en una acción diversa y plural, respetuosa con las singularidades y sólidamente unida en torno a unos principios y objetivos básicos.

España formuló a finales del siglo XV el primer Estado moderno. La nuestra es, por lo tanto, una nación veterana que ha sabido encontrar en las últimas décadas una vía de renovación que ha superado antagonismos y divisiones para encarar claramente el futuro.

Los españoles estamos sinceramente orgullosos de nuestra historia; pero tenemos que decir que es nuestro pasado más reciente y, sobre todo, nuestra visión del futuro lo que hoy es para todos una señal de unidad y de proyecto.

Después de valorar sombras y luces, que, como en toda tarea humana, son inevitables, creo que podemos considerar muy favorable el balance general de España de las dos últimas décadas.

Hemos hecho del acuerdo un instrumento político esencial para seguir avanzando. Hemos hecho de la tolerancia un valor común para facilitar la convivencia. Pero --lo he dicho ya alguna vez-- la tolerancia no debe confundirse con la indiferencia frente a los

principios. La tolerancia es una virtud que solo puede ser ejercida por quien posee convicciones; al apreciar las propias, reconoce las ajenas y, a pesar de su diferencia, son capaces de recibir el mayor respeto. De la tolerancia así entendida nace el diálogo y el pluralismo que permiten avanzar en una sociedad abierta.

Pues bien, los resultados electorales del pasado año llevaron al Partido Popular a buscar una amplia mayoría parlamentaria que respaldase la acción de Gobierno. Eran inaplazables las tareas que se debían afrontar de inmediato y conocidos también los muchos obstáculos y prejuicios a superar; por ello, tal vez algunos se sorprendieran de la relativa facilidad y rapidez con las que fue posible encontrar los puntos de acuerdo que han permitido una sólida andadura a lo largo de los últimos meses.

Los españoles hemos entendido bien que una de las ideas esenciales de la democracia es el cambio. Así pues, democracia y cambio son dos realidades que no pueden separarse.

Las variaciones constantes de los nuevos tiempos requieren también la presencia de otras personas, de otros Gobiernos y de otros programas que aporten soluciones nuevas y voluntad de diálogo. Buena muestra de esa voluntad de diálogo es el tranquilizador acuerdo que, con la participación de partidos políticos y agentes sociales, fue posible concluir en una primera etapa de Gobierno y que garantizará, por ejemplo, la solidez financiera del sistema público de nuestras pensiones para los próximos años.

Pero la más importante negociación social y civil, antes que política, es la que se encuentra aún en curso. Sindicatos y organizaciones empresariales están aproximando sus posiciones en estos días para cerrar un acuerdo que permita abordar la reforma del mercado laboral español con el mayor respaldo social; un logro que a muchos parecía impensable hasta hace pocas fechas y que pone de relieve el alto grado de responsabilidad de todos aquellos que en España participan en la toma de decisiones colectivas.

La economía española está dando muestras de una capacidad de adaptación que hace posible afirmar hoy que nuestra integración en la Unión Económica y Monetaria Europea será un hecho. El esfuerzo de modernización, de competencia, la rápida liberalización de sectores protegidos, junto con la firme decisión de equilibrar las cuentas públicas, son dos pautas básicas de la política económica del Gobierno profundamente aceptadas ya por la opinión pública.

Los datos hablan por sí mismos y son tan expresivos que apenas necesitan de mayores comentarios. Hace apenas un año nuestro país no cumplía ninguna de las condiciones previstas en aquel Tratado; es más, las apuestas --podemos denominarlo así-- estaban en nuestra contra. Hoy, se cumplen la mayoría de las condiciones y las apuestas están a nuestro favor.

Tan sólo hace unos meses, mi discurso de investidura ante el Congreso de los Diputados anunciaba al país esta difícil circunstancia al tiempo que mostraba nuestra firme voluntad de corregirlo. Así creo que se ha hecho y así se seguirá haciendo.

Nuestras dos vocaciones, la europea por un lado y la latinoamericana por otro, han cobrado en los últimos veinte años un nuevo significado para España. Europa ha sido y es, entre nosotros, una referencia política, cultural y social, un proyecto de futuro ampliamente compartido. A la vez, nuestra propia historia reciente nos permite

comprender, quizá como a pocos países, la importancia y la viabilidad de una Europa unida pero plural, venturosamente plural.

Sin renunciar, además, a su enraizamiento europeo, España no puede vivir distanciada de la comunidad de naciones iberoamericanas si quiere ser fiel a sí misma, a su trayectoria durante la Edad Moderna y Contemporánea; naciones iberoamericanas con las que se siente unidas por estrechos lazos de idioma y de cultura.

Habiendo superado mediante el diálogo constante antiguas incomprensiones y arraigados prejuicios, el peso de la Historia y las oportunidades del próximo futuro se imponen por encima de diferencias coyunturales.

Las naciones iberoamericanas forman hoy un conjunto de impresionante vitalidad demográfica que ha emprendido la vía de un crecimiento económico estable. En esa comunidad de naciones comprobamos con indisimulable satisfacción el permanente esfuerzo de sus democracias en pos de la seguridad jurídica y de la sucesiva alternancia de los partidos democráticos en el poder. El acceso a las libertades es un factor histórico de primera magnitud que España ha apoyado unánime desde este lado del Atlántico. No hace falta insistir en el papel que puede y quiere desempeñar nuestro país, junto a Portugal, como permanente punto de unión entre el Viejo y el Nuevo Continente.

Llegados a este punto, cabe preguntarse qué cambios deben operarse todavía en España para seguir ganando posiciones en la escala internacional. Pienso que buena parte del futuro se dilucida en la eclosión de una pujante sociedad civil que mi Gobierno fomenta sin ningún tipo de recelo. Es voluntad del Gobierno impulsar un mayor grado de competencia en todos los sectores de la economía sin exclusión de ninguno, de tal suerte que la riqueza del país sea cada vez más productiva, estando cada vez más en manos de particulares y no tanto del Estado.

De esta disyuntiva surge todo un reto político: cómo lograr que el Estado pierda protagonismo en la actividad económica sin que los ciudadanos vean peligrar los niveles de bienestar alcanzados sino, al contrario, tengan la posibilidad razonable de mejorarlos.

La resistencia de los poderes públicos a perder parcelas de competencia en todos los campos de la libre iniciativa ha demostrado, a lo largo de todo el siglo XX, que sólo retrasa lo inevitable y que, además, genera grandes perjuicios a la sociedad, entre otros, la utilización clientelar de los Presupuestos estatales y el privilegio legal concedido a los grupos más afectos al poder quebrando el principio de igualdad de oportunidades.

A mi juicio, ésta es una concepción arrogante de la política, una interpretación interesada del mandato electoral, una extralimitación de la legitimidad democrática que otorgan las urnas en nuestras democracias contemporáneas.

Por mi parte, prefiero que los titulares de todos los poderes públicos se consideren administradores temporales de una confianza limitada, de cuyo empleo tienen que responder todos los días y dar cuenta, al menos, cada cuatro años en nuestro caso a los ciudadanos. En este sentido, lo entendía Popper, cuando nos recuerda que en una democracia nadie es insustituible, nadie, porque de lo contrario puede convertirse en nuestro amo y la principal tarea de la democracia, sencillamente, consiste en evitarlo.

Promovemos, en definitiva, la opción que nos una rápidamente al proyecto de Unión Europea con las esperanzas e incertidumbres que toda opción innovadora comporta. No hay recetas mágicas pero, sin duda, ciertos tratamientos son mejores que otros.

En el momento que nos toca vivir, ¿podríamos desear una España retrasada del proyecto europeo? Mi respuesta, sin duda, es que no e, incluso, me parece inaceptable el propio planteamiento. Pero éste es el mensaje que quiero transmitir y ésta es la voluntad que quiero corroborar seguro de coincidir con los demás españoles.

Este fin, si todos ustedes me permiten, es mi crónica, mi historia de actualidad o noticia, como ustedes prefieren, de una democracia que se ha medido en su capacidad para salir airoso de todos los desafíos, para soltar los rígidos amarres del pasado, para recuperar la fe en sus cualidades para la convivencia, para soportar y sortear las crisis económicas, para orear la casa abriéndose al exterior, para remozar nuestro acerbo cultural, para erguirnos firmes frente a los latigazos del terrorismo.

Quiero terminar, si ustedes me permiten, con algunas referencias, una referencia breve, personal, y dos de futuro.

Este Presidente del Gobierno que les habla tiene, para mí, la gran fortuna de ser hijo de periodista y nieto de periodista. Algo conozco de su oficio y me da la sensación de que algo se pega; por lo menos, ésa es una aspiración razonable que tengo: que algo se me haya pegado. Sirva esto por si alguno de ustedes tiene la generosidad de tomar nota y, si la vida me lleva dentro de unos años no solamente a ejercer, a lo mejor, tareas periodísticas, sino a pedir mi ingreso en el Instituto de Prensa Internacional, no sé si su generosidad tendrá a bien tener en cuenta este pequeño dato biográfico del cual yo, modestamente, me siento orgulloso.

Las dos menciones finales son dos menciones políticas de futuro. Yo, a lo largo de mi vida, he publicado tres libros y, si la suerte me acompaña, y la tenacidad --ya que no tengo la facilidad que puede tener envidiablemente Camilo José Cela--, espero publicar alguno más. En uno de ellos yo quiero justificar mi acción política y literalmente digo que "la pasión por la libertad es la razón de mi actividad política".

Yo sé que el empeño por la libertad es duro, a veces muy duro; pero sé que en la tarea de gobierno y en la tarea de un gobernante en el empeño por la libertad nunca se ceja y nunca se deja caer. Nunca se ceja porque siempre hay que buscar como se ensanchan los caminos y los campos de la libertad; nunca hay que dejarse abatir, ni caer, ni ante ningún privilegio ni ante ninguna presión. Eso yo lo deseo para los años venideros en mi país, porque sé también que los años venideros son también, para mí, años de esperanza en España, porque tenemos razones de sobra y compromisos al alcance para eludir tanto el decaimiento como la falta de motivaciones.

Siempre he dicho que confiaba en España y que creía en los españoles y ahora, que tengo una alta responsabilidad para plantear caminos de futuro, sinceramente, sé que estaba en lo cierto.

Muchas gracias.